

1499. con la paz de Basilea que todo volviese á su primitivo estado.

En 1501 se agregaron á la Confederacion Basilea y Schaffhouse, tan importantes para la Suiza, y por fin, completóse aquella en 1513 con la admision de Apencell, decimotercio canton. Ademas de estos habia algunas ciudades asociadas, como Mulhouse, Vienne, el Vales, Neufchatel y Ginebra. Los derechos señoriales se han conservado hasta la invasion francesa en 1798, cuando la batalla de Neuenack demostró que no se habia perdido aquel valor que forma el carácter comun de la historia de este país, tan extraordinaria por sus hechos é ideas. Las agregaciones sucesivas reducian á la unidad el cuerpo ménos homogéneo, sin destruir sus diferencias originarias; de modo que la monárquica Neufchatel, los aristocráticos Grisones, la oligárquica Berna, los groseros Waldstetten, la culta Ginebra, Católicos y protestantes, antiguos hombres libres y antiquísimos siervos, Borgofones, Franceses, Alemanes, Italianos, sin un centro, sin límites estables, sin lengua ni religion nacional, llegaron á formar en la república una union tan grande, que es uno de los problemas mas curiosos que se presentan al historiador.

Completada ya la Confederacion, pronto la Suiza quiso tener súbditos, y la Turgovia, la Valtellina, Bellinzona, Lugano, Livigno, Mendrisio y Valmaggia experimentaron cuán infelizmente viven los súbditos de las repúblicas. Pero lo mas triste fué el tráfico de sangre que principiaron entónces y que aun no han abandonado, aunque habiéndose cambiado las leyes de la guerra, haya perdido su importancia; vendiendo su valor para oprimir á los pueblos; pagando esta deshonra con la corrupcion interna y con las contiendas civiles, con perder el respeto á los magistrados, la aficion á la agricultura y á la industria, y su primitiva sencillez, y envileciendo en contiendas extrañas la sangre con que tan generosamente habian establecido la libertad en su patria.

## CAPÍTULO XVI

Italia. — Tiranos. — Visperas Sicilianas. — Enrique VII en Italia. — Roberto de Nápoles.

Los países que formaban la antigua liga lombarda permanecieron sesenta años sin conocer á los emperadores, que nose cuidaban del *jardín del imperio* (1). Los papas induciendo á Ro-

(1) « Desde la muerte de Federico II, acaecida en el año 1250, hasta la invasion de Carlos VIII en el 1494, média una época tan larga y confusa, que no se puede sujetar á una division natural; época que podemos llamar la edad de gloria resplandeciente, la edad de la poesia, de las letras, de las artes y del continuo progreso, y en que la Italia adquirió una preponderancia intelectual sobre los pueblos transalpinos, que por cierto no demostró despues de la caída del imperio romano; pero su historia política presenta un cúmulo de hechos minuciosos tan oscuros y de tan poco momento que no merecen se fije la atencion en ellos, y tan intrincados y contrarios á

dolfo de Habsburgo á que renunciase á todas las pretensiones que tenia acerca del patrimonio de San Pedro, concluyeron la comenzada obra de la independencia italiana, á lo que por otra parte contribuía tambien el mismo Rodolfo, vendiendo los privilegios reales á cualquier ciudad que tuviese dinero para comprárselos. Habia llegado, pues, el caso de consolidar las propias instituciones; pero los Italianos se dividieron por su iracunda arrogancia, debilitándose para hacer frente á la dominacion extranjera.

Los Güelfos y Gibelinos, que tuvieron origen en la guerra del imperio con el papado, lejos de concluir con ella la encrudieron, no designando ya dos partidos distintos, la fuerza y la idea, la independencia y la unidad, la democracia y la aristocracia, sino una herencia de antiguos odios cuyo motivos ignoraban; tanto que los pontífices, olvidando que debian ser padres de todos, se decidieron alguna vez por los Gibelinos, y contra estos los emperadores, y otras mudando de partido invocaban ya la libertad ó sujecion del imperio, segun convenia á las ambiciones particulares y momentáneas. Los tiranuelos se inclinaban al partido de los Gibelinos; ¡pero desgraciado el emperador que contase con su apoyo! Si era de la Alemania, le daban una buena acogida, con cuya ceremonia mortificaban su habitual parsimonia; le llevaban las llaves de la ciudad, por lo que pagaba cierta regalía; no le dejaban ningun mando; no consentian tampoco que su permanencia en el país fuese demasiado larga, y apenas le abandonaba, se declaraban independentes de su poder y daban leyes contra él.

Cualquiera que con nosotros haya observado, cómo los Romanos, acérrimos republicanos, se sometieron á la destemplada tiranía de los emperadores, no se admirará de que los inquietos Italianos sufrieran nuevamente el despótico dominio de los tiranos. Aquella libertad carecia de justicia y de seguridad. Cayendo bajo el mando de un señor sufrían las grandes pérdidas, consecuencia de sus arbitrariedades; pero la plebe se hallaba mas contenta con tener que obedecer á uno solo que á muchos, y procuraba por sí, permaneciendo sometida á uno solo y distinto señor que no tenia interes ni pasion en ofenderla, mientras que en el gobierno de los Comunes el individuo se hallaba expuesto á las iras de todo un partido, y cualquier émulo ó cualquier adversario podia dañarle.

La ciudad de Ferrara fué la primera que se sometió á un príncipe, Azzo de Este; pero en seguida todas las demas imitaron su ejemplo casi sin advertirlo, del mismo modo que sin advertirlo se hallaron con que habian conquistado su libertad. Aquella tiranía no traía la paz, por-

un buen ordenamiento, que no sirven sino para causar confusión en la memoria. » HALLAM, *Europa en la edad media*, parte 2ª. Sin estar conformes con esta opinion la presentamos como disculpa, por si no nos es posible seguir el órden y encañamiento de hechos que nos habiamos propuesto.

que no estando fundada en una firme constitucion, consolidada por la opinion y el tiempo, ni trasmitada por una sucesion regular, abria ancho campo á las ambiciones de los pretendientes que podian aducir los mismos títulos, el atrevimiento, la misma sancion, el haber salido bien con su empeño. Un señor nuevo derribaba al antiguo, que acudia á una ciudad amiga, al papa ó al emperador, á cuya sombra conspiraba coligándose con otros de su partido, comprando tercios y exacerbando aquellas disidencias civiles que no podian decidirse por razones, teniendo por necesidad que acudir á las armas.

En lo interior los tiranos, aunque elegidos popularmente, por miedo á las antiguas libertades, debilitaban los cuerpos que representaban al país, en lugar de buscar en ellos defensa y apoyo; pero los señores, aunque no tenian ninguna ley suficiente para moderar su poder, poseían demasiados medios para comprar, engañar y atemorizar á la multitud (1), se hallaban armados entre gente pacífica, y bajo el pretexto de conspiraciones quitaban la vida ó desterraban al que hacía alguna resistencia. Los mejores ciudadanos, como se encontraban sin fuerza para contrarrestar la tiranía, no se presentaban en las asambleas y se retiraban á una paz violenta. Hasta la Iglesia, que desde el principio habia rogado á Dios librase á los pueblos de los tiranos, pedía ahora por ellos, participando de culpas que los antiguos pontífices castigaban con la excomunion sin ninguna clase de miramiento (2).

Posteriormente desapareció toda apariencia de eleccion popular, cuando los tiranos obtenian el título de vicarios imperiales que compraban á los emperadores, los cuales vendian gustosos por dinero una autoridad que no podian ejercer. Una vez hecho esto, el tirano perdía todo respeto á los privilegios y costumbres, no dejando al pueblo mas derechos que el de nombrar algun magistrado inferior, cuidar las calles y las rentas propias.

Así como contra la licencia no se habia hallado otro remedio que el de la esclavitud, del mismo modo contra la tiranía no podia oponerse sino la conspiracion. Pero aquellos príncipes de pequeños Estados y de grandes ambiciones, conociendo que su poder era muy precario, y viéndose rodeados de enemigos tanto fuera como dentro de su pueblo, con objeto de sostenerse se echaban á la espalda toda moderacion y generosidad, recurriendo á la perfidia y traicion y á aquella baja política que difamó á

(1) Laurin se hace el jefe de su patria, y convierte en privados los derechos públicos, destierra á unos y corta la cabeza á otros; principia como la zorra y usa la fuerza del leon, cuando ha reducido al pueblo con licencias, con dones y ofertas.

(2) En algunos misales del siglo x leyó Muratori (*Antig. Ital.*, LIV) varias misas contra los tiranos, en las que se invoca al padre de los huérfanos, al juez de las viudas, para que atiende las lágrimas de su Iglesia y la libre de los tiranos renovando los antiguos milagros. Bajo el mando del duque de Milan, Felipe María Visconti, se pidió en la misa por Ines del Maine, su concubina, y por Blanca María, su hija.

la Italia y de la cual fué víctima. La historia de todos los países es un tejido de relaciones de continuos cambios de fortuna, muertes, conspiraciones, suplicios y venenos; la fe pública desconocida así en paz como en guerra, y para cada príncipe bueno habia una serie de malvados ó asesinos de los pueblos que se habian puesto bajo su tutela; guerras producidas y alimentadas con el oro y la sangre de la nacion que no las habia decretado, pero que era víctima de ellas. De modo que la caída ó levantamiento de un partido ó de un jefe del pueblo constituyen la historia aparente de estos tiempos; á los grandes y generales intereses se sustituan hechos parciales, luchas de familia, emulaciones domésticas, sin que hubiera entre todos ni un papa, ni un emperador, ni un señor de ideas elevadas y digno de llamar la atencion y los deseos del pueblo. Algunas veces, sin embargo, un partido ú otro producía una serie de hombres dominadores ó terribles, como Ezelino de Romano, el rey Roberto, Castruccio, Can de le Escala, Beltran de Poggetto, Azzo Visconti, Martin de la Escala, Juan Galeazzo, Ladislao y Francisco Sforzia (1).

El partido de los Güelfos creía haber labrado su felicidad con la caída de los Suebos y el establecimiento de Carlos de Anjou en las Dos Sicilias; este, que casi alteró la constitucion, conservando los impuestos y restrictivas disposiciones que la mano fuerte de Federico y las necesidades de la guerra habian impuesto al país, adornó á Nápoles con nuevos edificios, favoreció á la generalidad de sus habitantes, se amistó con algunos de los primeros ciudadanos armádoles caballeros, y se rodeó de una defensa compuesta de nobles franceses, á quienes habia distribuido los feudos quitados á los amigos de los Suebos. Pero la nobleza antigua se despechaba al ver sus nuevos compañeros; la desventura de la dinastía caída habia convertido el odio en compasion; el pueblo temía

(1) Llena se encuentra Italia de tiranos, Llegando á convertirse en un Marcelo El jefe de un partido de villanos.

(DANTE, *Purg.* VI.)

En Milan dominaron los Torriani, los Visconti, los Sforzias; en Lodi los Vestarini, los Pisiragas, los Vignati; en Verona los Escaligeros; en Padua los Carraras; en Ferrara los Salinaguerras, y los Estensi; en Pisa y Luca los Castruccios Castracane; en Rávena Pablo Traversari y los Potentas; en Cremona los Pelavicinos, los Cavalcabos, los Corregios, y Cabrino Fondulo; en Florencia los Pittis y los Médicis; en Mantua Passerino Bonacossi y los Gonzagas; en Camerino los Varanos; en Fermo los Miglioratis, Gentil de Mogliano y los Sforzias; en Forli los Ordellafi; en Bolonia los Bentivoglios y los Pèpols; en Cesna los Malatestas; en Imola los Alidosi; en Urbino los Montefeltro; en Foligno los Trinci; en Parma los Rossi y los Correggeschi; en Pavia los Beccarias y los Langoscos; en Crema Venturino Benzoni; en Cortona los Casales; en Faenza los Manfredi; en Novara los Tornielles; en Brescia los Maggi y los Brusati; en Alejandria Facino Cane; en Bérghamo los Suardi; en Como los Ruscas; en San Donnino los Pelavicinos; en Treviso los Caminos, Feltres Bellunos; en Gubbio los Gabrielli; en Cingoli los Cimas; en Viterbo los Vicos; en Orvieto los Monaldeschi; en Fabriano los Chiavelli; en Metelica los Ottonis; en Radiceofani los Salimbenis; en Iesi los Simonetas; en Macerata los Mulucci; en Urbania los Bracaleones; en Sassoferrato los Atti; en Fermo los Mogliani; en Aquila los Montorios, etc.

Carlos de Anjou. 1266.

por el suplicio de los que no habían sido tan viles que renegaran de sus antiguos bienhechores, y el clero, que como hechura suya esperaba recuperar los bienes que les quitaron los Suebos, se halló burlado en sus esperanzas. Aunque Carlos había prometido á la Santa Sede abolir las exacciones arbitrarias introducidas por los Federicos, y restablecer las inmunidades como estaban en tiempo de Guillermo el Bueno, no lo cumplió, y por satisfacer su ambición y avaricia y cumplir con las promesas que había pagado al ejército, introducía sutilezas fiscales, impuestos sobre la cosa mas insignificante, adulteraba la moneda, medía las tierras, distribuía las aguas, y tenía abiertas las prisiones para la menor reclamación ó el menor retardo. Además los suyos usaban, con una gente acostumbrada hacia tanto tiempo á las franquicias normandas y á la cortesía sueba, aquella inconsiderada insolencia que ha hecho que los Franceses no sean nunca queridos en Italia, sino cuando no están en ella.

Juan de Prócida.

Mas descontenta estaba aun la Sicilia, por cuanto había sido mas favorecida por los Suebos: despojada de sus privilegios, dependiente de Nápoles, que, si no otra cosa, tenía la satisfacción de haber llegado á ser la capital del reino, entregada á magistrados violentos ó avaros, esperaba lugar y tiempo oportunos para vengarse. Una leyenda dice que entonces Juan de Prócida, noble Salernitano, privado de sus bienes como hechura de los Suebos, reunió en sí mismo los dolores, las pasiones y los anatemas de su patria, y animado de un odio infatigable, buscó por toda Europa enemigos á los Angevinos; dícese tambien que Corradino arrojó desde el patíbulo un guante que Prócida envió á Pedro, rey de Aragon, el cual por medio de Constanza, hija de Manfredo y prima de aquel, podía pretender la sucesión á la corona. No hay nada de verdad en este hecho; pero sí es muy cierto el temor que Carlos excitaba en los potentados, y que estos estaban en inteligencia para derrocarlo.

Las ciudades del Piamonte que se habían sometido á la dominación de Carlos, se emanciparon favorecidas por Guillermo VI, marqués de Monferrato, y por los Genoveses que derrotaron varias veces en el Mediterráneo la escuadra provenzal. Gregorio X, deseando la paz y no atreviéndose á combatir con el antiguo campeón de la Iglesia, se había limitado á pacificar, siendo siempre desoidas sus amonestaciones. Los tres brevísimos pontificados que siguieron al suyo no hicieron nada nuevo; pero Nicolas III de Orsini, hombre soberbio y deseoso de la libertad de Italia para engrandecer á su propia familia, odiaba al arguloso Provenzal desde que habiéndole pedido que emparentase con uno de su familia, respondió aquel: « ¿ Presume el » papa, porque lleva el calzado rojo, que podrá » mezclar la sangre de los Orsinis con la » de Francia? » Nicolas, por tanto, habiéndose aliado con el emperador de Alemania, asegu-

rándole este la concesión del dominio sobre el patrimonio de San Pedro, y apoyado por su familia que se había engrandecido, hubiera podido reunir en sus manos el gobierno de toda la Italia y abatir á Carlos, si hubiese sido mas larga su vida. Miguel Paleólogo, que había usurpado y cubierto de sangre el imperio de Oriente, miraba con recelo los preparativos que hacía contra su imperio Carlos, el cual se había hecho ceder los derechos del desterrado Balduino, y para practicarlos oprimía extraordinariamente la Sicilia. Pedro III de Aragon, sobre todo, estimulado por su mujer, intrigaba activamente, y deseando una buena guerra, se había preparado con alianza, dinero y secreto, fingiendo que disponía uno de aquellos desembarques que de tiempo en tiempo hacían los Españoles contra el África, y cuando se trataba de sondear su verdadera intención, respondía: « Tanto me importa guardar el secreto, que si » lo supiera mi mano derecha la cortaría con la » izquierda. »

Quizá sea cierto que empleaba como agente de sus proyectos al desterrado Prócida, el cual estuvo en inteligencia con los despojados barones sicilianos, no para conseguir la libertad, sino para mudar de señor. El pueblo dirigía sus miradas principalmente al pontífice, pues este les había dado por rey á Carlos y le había impuesto obligaciones; pero habiendo sucedido á Nicolas Martino IV, Frances y hechura de Carlos, este respondió á sus quejas aprisionando al obispo y al fraile que habían sido enviados como diputados por el pueblo.

Entretanto nuevos ultrajes hicieron que el furor popular previniese las ambiciones de los reyes y las intrigas de los barones; el tercer día de la pascua de Resurrección del año de 1282, mientras que los Palermitanos se reunían para celebrar las vísperas en la iglesia del Espíritu Santo, un soldado frances, llamado Drouet, insultó á una joven, cuyos parientes le dieron muerte, principiando en seguida en toda la isla una matanza general de Franceses.

El pueblo, que ignoraba completamente las intrigas del rey de Aragon, y que solía asociar las ideas de Iglesia y de libertad, resolvió constituirse en una república bajo la protección del papa, cuya bandera enarbó. Pero Martino se encolorizó en extremo, y cuando se le presentaron otra vez algunos friles de Palermo diciéndole: *Agnus Dei, qui tollis peccata, miserere nobis*, les respondió tambien con el Evangelio; *Dicebant: Ave, rex Judeorum, et dabant ei alapam*. Despues intimó « á los pérfidos y crueles » habitantes de la isla de Sicilia, violadores de » la paz y asesinos de los Cristianos, » que debían obedecerle á él como papa y á Carlos como señor legítimo, y que si no, les declararía excomulgados y en entredicho, segun el derecho divino.

El pueblo sabe perfectamente el arte de hacer una revolución, pero ignora el de dirigirla; así sucedió que en el desorden los barones se apo-

1281.

Vísperas Sicilianas.

1284.

1285.

Pedro de Aragon. 1282.

deraron del gobierno; y entonces presentándose los partidarios del rey de Aragon le llamaron, y Pedro desembarcó en Palermo y se cifó la corona de los reyes normandos.

Carlos, que tenía dispuesto un grueso ejército y provisiones para llevar á cabo sus ambiciosos proyectos sobre la Grecia, hubiera podido someter fácilmente una provincia sin tesoro, ni arsenales, ni capitanes, y ya los mismos Sicilianos desanimados le prometían lealtad y obediencia, con tal que se contentase con lo que recibía el rey Guillermo y no confriese empleos á los Franceses ni á los Provenzales; pero él se negó á mirarles con misericordia; por lo cual ellos reunieron gente y dinero, y el odio profundo, el temor del castigo, y el ardor de una venganza nacional los hizo capaces de resistir y vencer. Roger de Lauria, Calabres, rebelde, de tanto valor y atrevimiento como fortuna y ferocidad, y almirante de Aragon, sorprendió á Carlos delante de la asediada é intrépida Mesina y quemó su escuadra. Al oír Carlos esta noticia mordió el cetro y exclamó: « Señor Dios, mucho me habéis elevado; haced que no sea demasiado precipitada mi caída. »

Habiendo fracasado por el heroísmo de Mesina aquel primer furor de venganza, Carlos, para ganar tiempo, acusó á Pedro de traición, desafiándole con cien caballeros, á condición de que el vencido perdería, no solo los derechos á la corona de Sicilia, sino todo su patrimonio, y quedaria como mentidor de fe y traidor. Aceptó el de Aragon, jurando sobre el Evangelio, y aunque el papa se opuso, el rey de Inglaterra señaló á ambos el sitio del duelo en Burdeos. Carlos acudió á la cita; pero Pedro halló pretexto para no exponer á una estocada un hermoso reino, por lo cual Carlos le acusó públicamente de felonía, y el papa le excomulgó y declaró perjuro, desposeído del trono de sus antepasados y le privó de todo honor. Pero él para burlarse se hizo titular « Pedro de Aragon, caballero, padre de dos reyes y señores del mar: » y peleando, ya en las aguas de Italia, ya en las de España, tuvo siempre propicia á la fortuna, hasta el punto de coger prisionero al hijo de su enemigo. Carlos, desanimado por este último golpe, por las derrotas y por las sublevaciones de Nápoles, murió despues de haber hecho ahorcar mas de ciento cincuenta Napolitanos y de haber perdonado á la ciudad (1).

Por este tiempo murió tambien el papa Martino; Honorio IV, que le sucedió, favoreció la guerra contra Sicilia; pero publicó al mismo tiempo dos decretos muy favorables á la libertad del reino. En el uno consolidaba los privilegios eclesiásticos, en el otro atribuía la rebelión de Sicilia á los abusos é injusticias de los gobernantes; prohibía despojar á los naufragos; extendía á los hermanos y sus descendientes el derecho de heredar los feudos; limitaba el servicio militar á las guerras dentro de las fron-

(1) J. VILLANI, VII, 93.

teras, prohibiendo levantar impuestos, excepto en los cuatro casos feudales; permitía á los Comunes apelar á la Santa Sede; declaraba que si alguna vez el rey violaba estas franquicias, quedaria en entredicho su potestad. Los reyes sucesivos tuvieron buen cuidado de hacer olvidar todas estas franquicias.

Aunque se quiso sacrificar á Carlos el Cojo, hijo del rey difunto que estaba prisionero, en expiación de la sangre de Manfredo y Conradino, fué salvado por Constanza, proclamado rey y puesto en libertad con la condición de perder la Provenza y volver á su prisión si no pudiese cumplir lo pactado. Carlos para ganarse el afecto de los Napolitanos les dió una constitución, en que confirmaba los privilegios del clero, y el derecho de los barones y caballeros de levantar impuestos y ejercer jurisdicción; prometiendo tambien al pueblo no hacerle pagar mas de lo que pagaba en tiempo de Guillermo el Bueno; cuidando además de la moneda, de la justicia y de corregir los abusos. Despues, viendo que no podía cumplir lo que había prometido bajo juramento al rey de Aragon, se entregó á él. Pero en fin todo se concilió, asegurándose Carlos en el trono de Nápoles, cediendo el Maine y el Anjou, y sometiéndose á la decisión del papa acerca de Sicilia.

Esta, á la muerte de Pedro, había sido separada de Aragon en favor de su hijo Jaime; pero el papa Honorio fulminó contra él nuevas excomuniones, las cuales perdieron mucha fuerza por el abuso que de ellas hizo. Jaime, sin atemorizarse por esto, concedió grandes franquicias á los Sicilianos y derrotó mas de una vez á los Angevinos y á los pontífices; hasta que habiendo heredado la corona de Aragon, concluyó la paz, cediendo la Sicilia al papa, que la entregó á Carlos II despues de diez años de feroz é inútil guerra.

Los Sicilianos comprendieron cuán malo es confiar la propia libertad á los extranjeros, cuando se vieron vendidos como un rebaño de ovejas á los asesinos de Conradino, por lo cual recobrando el valor de la desesperación, en un parlamento general, proclamaron á Federico, hermano de Jaime, el cual recibió la corona y se encargó de la defensa de la isla, aunque tenía en contra suya á toda su familia, que estaba unida por ideas y parentesco con los Angevinos, y á Roger de Lauria que había sido vuelto á admitir en el seno de la Iglesia por el papa, y que hacía traición á la causa siciliana, así como ya la había hecho Juan de Prócida (1).

(1) « Así dejaban la Sicilia aquellos dos extranjeros, ambos enemigos y traidores y tan célebres en la revolución de las Vísperas Sicilianas. El uno, natural probablemente de Calabria, y educado desde niño en la corte de Pedro, fué hombre de extraordinario valor, profundo conocimiento en las cosas de la guerra, el primer almirante de su tiempo, gran capitán, pero sanguinario y cruel, avaro, soberbio, insaciable en punto á recompensas. Volvió su reputación á las tropas navales de Sicilia; enseñó el camino de la victoria á los Sicilianos, y fué un grandísimo apoyo del nuevo Estado; pero se volvió contra él cuando tuvo rivales en el poder; no podemos decir si fué mas envidioso que envidiado, y manchó su nombre abandonando á

Carlos II, el Cojo. 1288.

1285.

1291.

1296.

Bonifacio VIII incitaba á los Güelfos contra Federico, que daba asilo á los patarinos y á los Gibelinos, é invitó á Carlos de Valois á hacerles la guerra, prometiéndole el imperio de Oriente y de Occidente. Acudió este con gran aparato, y despues de coronado en Roma, desembarcó en Sicilia á la cabeza de los papales y Napolitanos; pero viendo que Federico no salia de las plazas fuertes, dejando que se debilitase el ejército invasor, Carlos propuso la paz, que fué aceptada, contentándose humildemente Federico con poseer toda su vida la Sicilia, y prometiéndole no incomodar á los Angevinos en sus posesiones de la Calabria; además se declaraba vasallo de la Santa Sede, y debería usar solo el título de rey de Trinacria, dejando á Carlos el de rey de Sicilia.

Paz de Calta-bellotta. 1302.

De este modo, despues de una revolucion que habia sido producida, no por las intrigas, sino por la indignacion nacional, y sostenida durante veinte años con un valor heróico; despues de haber ganado tres batallas campales, cuatro navales y otros muchos combates, en los cuales no solo expulsó tres ejércitos de la isla, sino que conquistó la Calabria y el valle de Crati, aunque combatida por la flor de los caballeros y de los almirantes y por las armas romanas, habiéndose dado en este tiempo magníficas ordenanzas civiles, la Sicilia volvía á caer bajo el yugo extranjero en peor situacion que estaba antes.

Carlos II, que mereció el sobrenombre de Justo, adquirió derecho al trono de Hungría por su mujer María; pero sin embargo disputóse aquella corona á su hijo Carlos Martel; mas inciertos eran aun los derechos al imperio oriental que llevó en dote á su hijo Felipe una hija de Carlos de Valois. Sucedió á Carlos en el trono de Nápoles Roberto, llamado el Bueno por las buenas cualidades de su alma, y que tuvo con frecuencia guerra con Federico de Sicilia, al cual ayudaban los Gibelinos y los emperadores, de modo que nunca estuvieron en paz los dos reinos. Era Roberto muy experto en los negocios civiles y de la guerra, y sobresalió en

1300-43.

Federico cuando le fué contraria la suerte. Llevó consigo la dominacion de los mares, y sin embargo no conservó lejos de nosotros la antigua gloria, porque si algunas veces venció á sus antiguos compañeros los Sicilianos, otras fué vencido por ellos, y apenas concluyeron con la paz de Calta-bellotta las sangrientas escenas en que habia tenido una parte tan principal, ya en una ó en otra de las facciones opuestas, murió en España de enfermedad, como si no tuviese que hacer ya en el mundo su genio exterminador. Juan de Prócida fué muy inferior á él, y sin embargo la caprichosa fortuna ha hecho mas célebre su nombre. Era Prócida un ministro muy hábil del rey de Aragon, y las alteradas tradiciones históricas le han hecho libertador de los pueblos y le han puesto al lado de los Timoleones y Brutos, atribuyendo á él solo lo que fué un efecto de las pasiones y necesidades de todo el pueblo siciliano; á las virtudes que tuvo, sagacidad, atrevimiento, prontitud, experiencia en los negocios de Estado, se han agregado despues las virtudes cívicas que no tuvo nunca, sino que violó por el contrario, conspirando con los enemigos, y oponiéndose despues abiertamente á la revolucion siciliana cuando restableció Federico sus principios. Murió oscuro en Roma á principios del año 1299, antes de haber recobrado, por precio de su infamia y por la clemencia de los enemigos, sus posesiones en el reino de Nápoles. AMARI. *Un periodo della Storia Siciliana*. 1842.

Italia en su largo reinado, pareciendo que llegaría á dominar toda la península, aunque no llegó á conquistar un palmo de terreno. Muchas ciudades se pusieron bajo su proteccion, y el papa le nombró vicario en imperio vacante, siendo considerado toda su vida como jefe del partido güelfo, al cual permanecian fieles Florencia y Bolonia.

Al partido de los Gibelinos pertenecian los tiranuelos, y especialmente los señores de Lombardia, que habian aumentado su desenfreno desde que los pontífices habian abandonado su rebaño para hacerse esclavos de Francia. Martin de la Torre de Valsassina se habia conquistado de tal modo el favor del pueblo en las contiendas entre los nobles y plebeyos milaneses, que fué nombrado gobernador de la ciudad, y transmitió á sus descendientes la autoridad ilimitada de que gozaba. Los Milaneses, pues, se habian acostumbrado ya al dominio de uno solo, cuando el arzobispo Oton Visconti se apoderó del poder y le fortificó uniendo á la potestad civil la eclesiástica. Tuvo Visconti la fortuna de no necesitar los suplicios para afirmar su dominio, y de aumentar su poderío con las ciudades giblinas que se unieron á él, especialmente despues de la caída del marques de Monferrato, y trató de transmitir su autoridad á su sobrino Mateo. Fué este elegido capitán por el pueblo milanés y despues por los de Novara y Vercelli, y vicario imperial de Lombardia en nombre de Adolfo de Nassau; y por último, á la muerte de su tío, señor de Milan y de otras muchas ciudades, se emparentó con los Escaligeros de Verona y con los señores de Este de Ferrara, familias que capitaneaban, aquella los Gibelinos y esta los Güelfos.

Subsistía, sin embargo, la faccion de los Torriani, y se reforzaba con muchos que se pasaban del partido contrario, á quienes inspiraba envidia el creciente dominio de los Visconti. Alberto Scotti, señor de Plasencia, se alió bajo juramento con los Langoscios, tiranos de Pavia, los Fisiraga de Lodi, los Ruscas de Como, los Benzones de Brema, los Cavalcabo de Cremona, los Brusati de Novara, los Agovadri de Vercelli, y el marques de Monferrato, ayudado por los cuales Guido de la Torre recuperó la autoridad en Milan en medio de las aclamaciones del pueblo, viéndose Mateo obligado á salir desterrado despues de haber tentado en vano rehabilitarse por medio de los Gibelinos. Habiéndole preguntado los enviados de Guido cuándo pensaba restablecerse en Milan, respondió: « Cuando los pecados de los Torriani » sobrepusieron á los que yo habia cometido » cuándo fui expulsado. » En efecto, bien pronto Guido se enemistó con Alberto Scotti y con otros tiranos, rodeándole el descontento en los pueblos, y disensiones en su propia familia.

En aquel tiempo « un juicio justo caía del cielo sobre la sangre del alemán Alberto, » que habia abandonado la Italia, y le sucedía Enri-

El Milanesado.

1377.

Los Visconti. 1277.

Enrique VII en Italia.

1310.

1311. 6 de enero.

1302.

1308.

25 de noviembre.

que VII de Luxemburgo. Francisco de Garbagnate, noble gibelino milanés, desterrado de su patria á la caída de los Visconti, y obligado á dar lecciones para mantenerse en Padua, vendió los libros, compró armas y se dirigió al nuevo César, incitándole á penetrar en Italia para restablecer el partido gibelino, y asegurándole que le ayudarian, no solo estos, sino tambien los Güelfos, que estaban muy poco satisfechos del rey Roberto. Agradó al genio caballeresco de Enrique el ir á Italia á desplegar una autoridad, á la cual, segun él pretendía, debía estar sometido todo el mundo por derecho divino y humano (1), y penetró sin armas ni dinero en un país que habia resistido por espacio de siglo y medio á sus poderosos predecesores. Pero en este tiempo se habian amortiguado las envidias republicanas; á las francas inspiraciones de la libertad germánica se habian sustituido las reminiscencias romanas; además no pesaba sobre él el odio que habian jurado á la casa sueba, ni debía ser objeto de hereditarias venganzas. Á pesar de ser el jefe de los Gibelinos por su rango, fué llamado por el papa, que deseando hacer oposicion de cualquier modo á la Francia, de la cual era prisionero en Aviñon, envió á sus legados para que le acompañasen, á fin de que fuese bien recibido en las ciudades güelfas, y para ceñirle la corona de oro (2).

Los pequeños señores de Italia le ayudaron aun mas, prometiéndole conducirle por medio de su país sin necesidad de soldados. Habiéndose trasladado á Turin por Saboya y Susa, sustituyó con vicarios suyos á los de Roberto de Nápoles; en Asti tuvo una entrevista con los señores lombardos, á quienes prometió no hacer distincion alguna entre Güelfos y Gibelinos, diciendo que su objeto era restablecer la paz, levantar el destierro á los expatriados, y hacer que las ciudades pasasen de las señorías privadas á su inmediato dominio. Este último proyecto no podia convenir á Guido de la Torre, que en vano trató de reunir en una liga á los Güelfos para oponerse por la fuerza, y cediendo á la voluntad del pueblo, salió desarmado al encuentro de Enrique. Entró este en Milan, y se hizo coronar en San Ambrosio, en presencia de los diputados de todas las ciudades de Lombardia y de la Marca; si-

(1) En el *Corpus juris civilis* se lee su constitucion, en la cual dice: « Ad reprimendum multorum facinora, qui ruptis totius fidelitatis habenis, adversus romanum imperium, in cuius tranquillitate totius orbis regularitas requiescit, hostili animo armati, conantur nedum humana, verum etiam divina precepta, quibus JUBETUR QUOD OMNIS ANIMA ROMANORUM PRINCIPI SIT SUBJECTA, demoliri... » No eran, pues, solo los papas los que tenian estas pretensiones. En 1313 se promulgó en Pisa una constitucion, en que se declaraban rebeldes y desleales al imperio á todos los que abierta ó oculta mente obrasen contra su honor ó fidelidad, ó contra sus oficiales. Debía procederse contra estos por acusacion, inquisicion ó denuncia, sumaria y simplemente, sin ruido ó aspecto de juicio. V. DÖNIGES, *Acta Henrici VII*, p. 226.

(2) La expedicion de Enrique VII está muy bien narrada por un obispo *in partibus* de Butronto, alemán, amigo del emperador, y tambien del papa, al cual da cuenta de la empresa con digna franqueza y sencillez.

guiendo los consejos de Garbagnate reconcilió á los Torriani con los Visconti, á los Fisiraga con los Langoscios, y así los demas partidos; abrió las puertas de la patria á los desterrados, y fué llamado restaurador de la justicia, de la paz y de la libertad.

No tardó mucho en descontentar á los Milaneses por querer entrar en la ciudad con hombres armados, y por exigir un donativo de cien mil florines para subvenir á su pobreza (1); despues, teniendo noticia ó sospechas de que los Visconti y los Torriani estaban en inteligencia para expulsar á los extranjeros, hizo registrar sus casas y desterró á estos últimos; dió el mando al astuto Mateo, que supo disipar sus sospechas, y le nombró su vicario mediante cincuenta mil florines, además de veinticinco mil anuales. Pero los Torriani habian dado la señal á los Güelfos de Lodi, Crema, Cremona y Brescia, que destruyeron á los vicarios imperiales, y se sublevaron, de modo que Enrique tuvo que someterlos por la fuerza. En Brescia, refugio de los Güelfos, empleó medio año y perdió las tres cuartas partes del ejército, sin conseguir nada mas que sacar dinero y maldiciones, mientras que sus amigos perdian el entusiasmo y se reforzaban los enemigos, entre los cuales sobresalian Roberto de Nápoles y los Florentinos.

Enrique se dirigió entonces á Génova, la cual, cansada ya de disensiones, se sometió á él por veinte años, y recibió por vicario á Uguccione de la Fagiola. Y fué para él una gran fortuna que le socorriesen Génova y Pisa cuando todos le abandonaban, de modo que con sus naves abordó á Toscana.

Florencia era ya la Atenas de Italia, apasionada por las letras y por las bellas artes, llena de fiestas y de alegría, y al mismo tiempo muy versada en los negocios, y era tan celosa por su democracia que se convertía en tiránica. Al ver á Florencia tan espléndida cuando estaba gobernada por magistrados que se renovaban cada dos meses, sin poder ser reelegidos hasta los tres años, nos manifiesta cuán capaces eran sus ciudadanos de gobernar el Estado, por lo cual eran buscados aun fuera de allí (2). Pero

Octubre.

Florencia y Pisa.

(1) « Hic etenim rex noster magnanimus erat et omnium virtutum dives, pecunia et auro nimium pauper, nihil nisi Italiciis adjutos propositi agere omnino valebat. » JO. DE CERMENTATE, *Hist.* c. 20.

(2) Á la coronacion de Bonifacio VIII acudieron doce embajadores florentinos:

Palla Strozzi	enviado de la república de Florencia.
Cino Diotalvi	— por el señor de Camerino.
Lapo Uberti	— por la república de Pisa.
Guido Taluca	— por el rey de Sicilia.
Manno Adimari	— — de Nápoles.
Folco Bencienni	— gran maestro de Ródas.
Vermiglio Alfani	— emperador.
Muscato Franzesi	— rey de Francia.
Ugolino da Vecchio	— — de Inglaterra.
Rimeri	— — de Bohemia.
Simon de Rossi	— emperador de Constantinopla.

Gucciardo Bastari — gran kan de Tartaria.  
Por lo cual el papa Bonifacio llamó á los Florentinos el quinto elemento.